



introducción

En este número de *fem.* retomamos un tema que tratamos hace siete años: la maternidad. Todavía aquel editorial del número 9 de octubre-diciembre de 1978 — año en que naciera el primer bebé probeta, que fue niña y se llamó Louise Brown— tiene vigencia.

“Rechazamos que las mujeres seamos valoradas y aceptadas esencialmente como madres; denunciemos la discriminación que sufren las trabajadoras en función de su maternidad; consideramos que es una obligación de la sociedad compartir la responsabilidad de la maternidad creando los servicios necesarios y suficientes (guarderías, lavanderías, comedores, etcétera) que aligeren su carga; señalamos que los padres también tienen derecho a una paternidad completa, que implica participación, responsabilidad y goce; y reivindicamos la maternidad voluntaria. Todos los hijos deseados, pero sólo los deseados.”

Siete años han pasado y algunas cosas quedan, otras se modifican. Los artículos de Alaïde Foppa, de Sara Sefchovich y de Olivia Benavente mantienen una actualidad que nos indica la persistencia de ciertas características: la dificultad de romper la cadena entre madres e hijas —e hijos—, el placer de maternidad y la abnegación materna como la cara aparente de otras cosas: cobardía, frustración, sumisión.

Al plantearme la coordinación de este número hice una revisión de qué se había escrito en *fem.* sobre el tema y cuáles eran las lagunas u omisiones. El balance es que hay poco análisis teórico, y sí varios artículos y testimonios que tocan más ciertos aspectos de la maternidad como el embarazo, el parto o incluso el aborto, descuidando el maternazgo, término que se adopta en el artículo “La reflexión feminista ante la maternidad” para definir la responsabilidad emocional, el cuidado y la crianza de los hijos. Esta situación hizo que se armara un número donde predomina la reflexión teórica, presentando artículos que aportan al análisis de la distinción entre lo biológico y lo social de la maternidad.

Sobre la capacidad específicamente femenina de gestar y parir, la maternidad, y su derivación el cuidado y crianza de los hijos o sea el maternazgo, se ha construido todo el sistema de la división sexual del trabajo, con toda la opresión y discriminación resultantes. Esta capacidad es considerada todavía por la mayoría de la gente como la esencia de las mujeres y cuando ellas se niegan a ejercerla subvierten el orden “natural” (o “divino”) y generan una violenta oposición. Esta oposición, revestida a su vez de

argumentos políticos, morales o demográficos, implica nada menos que un rechazo a la posibilidad de otro tipo de relaciones sociales.

La maternidad y el maternazgo están en el centro de cualquier propuesta política sobre la vida que queremos, la sociedad que deseamos construir y las relaciones que nos gustaría tener. Y para mostrar que no hay una relación determinista entre maternidad y maternazgo el número abre con un artículo de María Jesús Izquierdo, economista y socióloga radicada en Barcelona. Ella distingue entre la maternidad biológica y la maternidad cultural, señalando que no hay una relación unívoca entre ambas. Su marco teórico es uno de los más reivindicados por el feminismo: el del GENERO.

Existen distintos enfoques y varios temas a tratar respecto a la cuestión maternidad/maternazgo. Sin embargo, dos artículos parten de la misma perspectiva: la psicoanalítica.

La perspectiva psicoanalítica está ya bastante generalizada entre ciertos sectores del movimiento feminista, situación totalmente distinta a la que hubo a principios de los años setenta. Entonces hubo un fuerte rechazo al psicoanálisis, en especial al ortodoxo, ya que algunos de sus postulados fueron utilizados para manipular o normar el goce sexual femenino y la actividad materna. La indudable dificultad del discurso psicoanalítico y la ausencia de un debate serio con psicoanalistas demoraron en ese momento su comprensión. Hoy la reflexión feminista intenta superar la lectura literal de Freud y demás teóricos del psicoanálisis.

Por eso, la fuerte presencia de enfoques psicoanalíticos (dos ensayos, un artículo y una crítica de libros) se debe no sólo a que desde sus inicios el psicoanálisis se ocupó prioritariamente de estudiar la función materna y sus consecuencias, elaborando conceptos e hipótesis que permiten entenderla, sino a que algunas feministas estamos convencidas de que el psicoanálisis, y el pensamiento de Freud en particular, tienen un contenido radical, esencial para desentrañar el meollo del cuestionamiento y la reflexión feminista: ¿cuáles son realmente las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica? Pensamos que para entender la construcción del género (femenino y masculino), la identidad sexual (hetero, homo o bisexual), el contenido social de lo íntimo, y muchas otras cuestiones, el psicoanálisis es indispensable.

Freud sigue siendo hoy el punto de partida o de llegada de cualquier reflexión psicoanalítica. Desde la vuelta a